

EDIFICANDO EL ODRE¹

Descorriendo el velo del misterio

Atentos a la voluntad del Señor respecto de las enseñanzas de estos viernes de reunión de la obra, tenemos en nuestro corazón continuar con el desglose de la enseñanza del Señor acerca del vino nuevo en odre nuevo, y para ello es nuestro sentir incorporar en este espacio algo relacionado con la edificación del odre de Dios. Para ello invitamos a los hermanos abrir la Biblia en la carta del apóstol Pablo a los Colosenses 1:24-28, rogándole al Señor que nos ayude en esto tan delicado. Dice la Palabra de Dios;

“²⁴Ahora me gozo (dice Pablo) en lo que padezco por vosotros, y cumplo en mi carne lo que falta de las aflicciones de Cristo por su cuerpo, que es la iglesia; ²⁵de la cual fui hecho ministro, según la administración de Dios que me fue dada para con vosotros, para que anuncie cumplidamente la palabra de Dios, ²⁶el misterio que había estado oculto desde los siglos y edades, pero que ahora ha sido manifestado a sus santos, ²⁷a quienes Dios quiso dar a conocer las riquezas de la gloria de este misterio entre los gentiles; que es Cristo en vosotros, la esperanza de gloria, ²⁸a quien anunciamos, amonestando a todo hombre, y enseñando a todo hombre en toda sabiduría, a fin de presentar perfecto en Cristo Jesús a todo hombre”.

Esa es la carga que tengo en mi corazón; y es una de las cosas relevantes del mover de un ministerio maduro y responsable, presentar en Cristo Jesús a todo hombre; que todo hombre de Dios sea visto como la imagen de Cristo. Eso significa que el modelo es el Señor, que el que hace la obra de perfección en nosotros es el Señor; y en la medida en que cada hombre, y cada mujer, de la iglesia esté alcanzando esa perfección en Cristo, en esa misma medida se manifiesta el testimonio de Dios en la iglesia local. La

iglesia local es la expresión visible del odre de Dios.

Ahí tenemos la reconocida cita de Romanos 8:29: “Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos”. Dios quiere presentar a toda persona, a todo lavado por la sangre del Señor, a todo creyente en Cristo, a todo miembro del cuerpo de Cristo y de la iglesia, a todo participante de su odre nuevo, Dios quiere presentarlo perfecto en Cristo Jesús. Claro que cuando la Palabra dice hombre, allí está incluyendo a toda mujer también, pues allí hombre es un sustantivo genérico.

En Colosenses, el apóstol Pablo empieza diciendo: “²⁴Ahora me gozo en lo que padezco por vosotros”. Eso nos hace recordar lo que Pablo le dice a los Gálatas: “Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros” (Gá. 4:19). Nosotros, en la medida en que vamos siendo perfeccionados, nos vamos enterando por revelación divina cuál es nuestro rol, nuestra función dentro de la vida del cuerpo. A medida en que nosotros vayamos recibiendo luz, se nos va descorriendo el velo del misterio, y nos vamos dando cuenta de verdades antes un poco veladas para nosotros. ¿Quién es realmente Cristo? ¿Cuál es nuestra posición en el cuerpo de Cristo? ¿A qué función he sido yo llamado a realizar en el trabajo de Dios en esta edificación? Claro que eso conlleva siempre una cuota de sufrimiento.

Porque hay que pensar que para entrar a vivir la vida de Dios, eso incluye la negación de nosotros mismos e incluye tomar cada día nuestra propia cruz; esto es indispensable sobre todo cuando hay un trabajo en una posición tan metida dentro del campo de batalla, como en el caso de Pablo; porque allí el enemigo ataca con más furia. Por eso él dice bien claro: “en lo que padezco por vosotros, y cumplo en mi carne lo que falta de las aflicciones de Cristo por su cuerpo, que es la iglesia”. Esto no significa que la obra de Cristo en la cruz y en la resurrección haya sido incompleta, o que le haya faltado haber sufrido más, no; sino que, como ya lo hemos explicado en otras ocasiones, el sufrimiento del Señor que culminó en la cruz

¹Enseñanza liberada en reunión de la obra en la localidad de Teusaquillo, Bogotá D. C., Colombia, el 20 de febrero de 2009.

fue para salvación, justificación y redención; en cambio el sufrimiento de nosotros ahora es para edificación. Por eso es que el Señor nos pide que nos neguemos a nosotros mismos y tomemos nuestra propia cruz, a fin de que se lleve a cabo la obra de edificación del odre comenzando por nosotros mismos; y eso colectivamente nos lleva a la edificación del odre nuevo. Ahora mismo estamos trabajando (o debiéramos estarlo todos) de lleno con el Señor en la edificación de la iglesia, que es su cuerpo, que es el odre de Dios. Dios no trabaja solo, ni quiere trabajar solo, y no lo va a hacer. Él edifica con nosotros.

Sigue diciendo Pablo: “²⁵De la cual (de la iglesia) fui hecho ministro, según la administración de Dios que me fue dada para con vosotros, para que anuncie cumplidamente la palabra de Dios”. Luego dice lo que encierra esa palabra que el apóstol fue enviado a anunciar, “²⁶el misterio que había estado oculto desde los siglos y edades (no había sido revelado ese misterio, pues estaba en la mente de Dios, en los propósitos del Señor, en la economía del Señor, lo que hoy estamos viviendo a partir de la encarnación del Verbo de Dios), pero que ahora ha sido manifestado a sus santos (la gente del mundo no entiende de esto, sino los santos), ²⁷a quienes Dios quiso dar a conocer las riquezas de la gloria de este misterio entre los gentiles; que es Cristo en vosotros, la esperanza de gloria”.

Algo similar revela el Señor en 1 Tesalonicenses 4:13: “Tampoco queremos, hermanos, que ignoréis acerca de los que duermen, para que no os entristezcáis como los otros que no tienen esperanza”. Que no nos ocurra a nosotros “como los otros que no tienen esperanza”. A los que no tienen esperanza se les muere un pariente o un amigo muy especial, y lo lloran desconsoladamente diciéndole: adiós para siempre; pero los que tenemos la esperanza de gloria, solamente decimos: hasta pronto; más tarde nos volveremos a ver en un lugar diferente y glorioso.

Crecimiento espiritual

Dice Pablo a continuación: “²⁸a quien anunciamos, amonestando

a todo hombre, y enseñando a todo hombre en toda sabiduría (quisiera que retuviéramos esa palabra, en toda sabiduría; pero no se trata de la sabiduría del mundo, sino la de Dios; y no todos tenemos el poder y la capacidad de manejar la sabiduría de Dios; entonces, ¿esa sabiduría para qué?), a fin de presentar perfecto en Cristo Jesús a todo hombre”. El hombre perfecto es Jesucristo; y en la esfera espiritual, todo hombre sólo es perfecto en Cristo Jesús.

En el mundo, ¿cuál persona es perfecta en su esfera natural? Comencemos por la forma natural. Toda persona al nacer es un bebé; y esa criatura no se vale por sí misma en nada; absolutamente en nada. La tienen que estar atendiendo y lidiando en todo. En la medida en que va creciendo, porque se va alimentando, ejercitando, y la vayan ayudando, pasan los primeros meses y llegará el momento en que medio se incorpora y hasta puede llegar a agarrar los barrotos de la cuna; después empieza a gatear. Supongamos que no se enferma mucho, y empieza a dar sus primeros pasos, hasta que lo vemos correr; pero todavía no sabe hablar; luego lo vemos balbucear las primeras palabras. Llega el tiempo en que lo llevan al jardín infantil; y así va creciendo y aprendiendo; pero todo eso tiene su medida, su tiempo y su sazón, para que la persona vaya creciendo, hasta que ya de grande llega a su plenitud y perfección humana. Y si ha tenido la oportunidad de estudiar, y ha llegado a ser un profesional, y se expresa con propiedad; se desempeña en su trabajo brillantemente, y se gana su sustento y demás, entonces la persona ha logrado un estadio de perfección en el ámbito natural humano, pues se ve una persona realizada en la esfera natural.

Lógicamente que dentro hay excepciones, casos de anormalidades, no pocas por cierto. Eso es verdad. Pero lo curioso es que dentro de la vida de la iglesia también hay anormalidades, y no pocas también. Una persona nace espiritualmente el día y a la hora en que cree en Cristo; nace en el Espíritu, esa persona es regenerada, pues nace de nuevo, nace de lo alto, nace del agua y del Espíritu, nace en el Señor Jesús; esa persona recibe la vida eterna, la vida que no ha sido creada, la vida misma de Dios, y esa persona empieza a ser un

hijo de Dios, un santo, una persona apartada para adorar y servir a Dios. Pero no se puede pretender que esa persona ya sea perfecta espiritualmente. Esa persona tiene que crecer similar a como lo hace un bebé, como lo acabamos de hablar; esa persona tiene que conocer a Dios, e ir conociéndose a sí mismo; tiene que experimentar la vida en la esfera espiritual que antes desconocía. Dios no quiere que se siga siendo el mismo.

Por otro lado, Dios no suele hacer las cosas en un instante; Dios no usa la instantaneidad cuando no hay necesidad, menos al producir el crecimiento espiritual de sus hijos. Ahí tenemos también el caso de las plantas. Dios todo lo va haciendo en el rigor de un necesario proceso, en una acción de manifestación progresiva. Esto incluso lo podemos observar en los primeros dos capítulos del Génesis. Allí no vemos que Dios haya dicho: Hágase la luz, la expansión, la tierra seca y la vegetación, las lumbreras, los peces y las aves, los animales y el hombre, hágase todo ya, de una sola vez, todo junto, no. Dios hizo cada cosa a su debido tiempo. Primero hizo la luz, después la expansión, después lo demás en su orden y en su tiempo; y por fin, cuando ya todo presentaban las condiciones requeridas, después de todo eso, entonces creó al hombre.

Y en su sabiduría y delicadeza, viendo que el hombre estaba y se sentía solo, el Señor determinó que era el momento de hacer caer al hombre en un sueño profundo, como cuando a uno lo anestesian para una intervención quirúrgica; y procedió a extraerle una de sus costillas, y con ella hacerle la mujer, y presentársela como su esposa.

Dios todo lo hace así; y esa es la forma como Dios viene haciendo respecto de la revelación. A través del tiempo, Dios se ha ido revelando al hombre poco a poco, cada revelación a su debido tiempo, buscando que el hombre esté preparado para ir recibiendo todo ese conocimiento de quién es Dios, lo que Dios se propone en todas las edades, y lo que Dios ha hecho, está haciendo y hará.

Así también ocurre en la vida de un creyente. Un creyente nace de lo alto pero aún es un bebé espiritual; y Dios quiere que a ese

creyente le sea revelado ese misterio en la medida en que la persona tiene la capacidad para recibirlo; que haya en él la sazón como para que pueda recibir el alimento de Dios con eficacia, y vaya en firme sus primeros pasos con el Señor. Claro, esos primeros pasos los dará después de haber gateado un tiempo; pues así como el niño, también el creyente pasa por un proceso de conocimiento y aprendizaje, y también nosotros tenemos que ir agotando nuestras respectivas etapas; pero ese crecimiento debe ser progresivo, y no debe estancarse jamás.

En nosotros, los hijos de Dios, sólo deben ver la madurez que tengamos en ese momento; es peligroso querer demostrar más madurez espiritual que la adquirida. Lo perfecto es lo completo, lo maduro, lo recto. Cuando uno trata de imitar a un creyente de mayor madurez que la nuestra, pero sin tener ese grado de madurez, fracasamos. Es algo similar a que si se pretendiera que un joven bachiller entrara a practicar una operación de extracción de un tumor cerebral, como si se tratara de un neurocirujano. Pero el bachiller ni siquiera sabe como abrir la caja encefálica; ni siquiera sabe qué instrumento usar para abrir el cráneo de una persona, ni mucho menos cómo es el cerebro humano; y, claro, como no sabe, el resultado es que mataría a esa persona.

Nosotros también tenemos que pasar por un proceso con el Señor. El Señor quiere, siempre quiere, pero nosotros tenemos que ponernos también a su disposición para que Él lo vaya haciendo. No debemos tomar iniciativas que en ese momento nosotros no podemos realizar; quisiéramos muchas cosas, pero tenemos que estar en oración a fin de que no nos adelantemos al Señor; orando siempre de pronto puede que el Señor te lo conceda; puede que te conceda el obispado. El que anhela obispado buena cosa anhela. Y es sano que en tu corazón haya un anhelo. Uno debe estar en oración, pero lo normal es que debe experimentarse un crecimiento espiritual en el creyente. Es preciso que crezcamos en nuestra vida con el Señor. No debemos contentarnos con ampararnos a la sombra de otro que haya crecido más que nosotros. No debemos ampararnos a la sombra de otro

hermano que haya logrado mucho conocimiento, que sea un maestro destacado. Tampoco contentarnos con pensar que ya somos santos y poderosos porque aquí vivimos ya como la iglesia local, y la iglesia local es diferente, y tal, y vivamos bajo la sombra de esto, o de alguien, no. Cada quien, cada uno de nosotros debe propender por ese crecimiento en el Señor.

El tratamiento de Pedro

Aquí tenemos el caso del apóstol Pedro. Pedro andaba con el Señor; muy cerca del Señor; y sin embargo a veces hacía cosas que dejaban mucho que desear. A los tres años y medio todavía ostentaba pretensiones derivadas de su ego. Vamos a leer esta parte del perfil de Pedro en Mateo 26:30-35: ³⁰Y cuando hubieron cantado el himno, salieron al monte de los Olivos (ahí salieron del cenáculo, y lo hicieron cantando salmos; de pronto entonaban el salmo 115). ³¹Entonces Jesús les dijo: Todos vosotros os escandalizaréis de mí esta noche; porque escrito está: Heriré al pastor, y las ovejas del rebaño serán dispersadas (Zacarías 13:7). ³²Pero después que haya resucitado, iré delante de vosotros a Galilea. ³³Respondiendo Pedro, le dijo: Aunque todos se escandalicen de ti, yo nunca me escandalizaré (Pedro ahí estaba hablando en el hombre natural, en el yo). ³⁴Jesús le dijo: De cierto te digo que esta noche, antes que el gallo cante, me negarás tres veces. ³⁵Pedro le dijo: Aunque me sea necesario morir contigo (qué atrevido, ¿no?), no te negaré. Y todos los discípulos dijeron lo mismo”.

Uno acá, entre nosotros, puede llegar a pensar de repente neciamente: Bueno, pienso que mi santidad es completa. Pero de pronto se me da por criticar a los demás, y mirar cómo se comportan mis hermanos. No, ya yo no hago esas cosas que mi hermano hace. Entonces el Señor te dice: Bueno, vamos a ayudarte; hoy mismo, andes de que anochezca te acontecerá tu chasco. ¿Para qué? Para que tú mismo te des cuenta cómo estás. No seamos tan necios. Señor, si es necesario estoy dispuesto a ir contigo a la muerte. Como diciéndole uno al Señor: Tú no me conoces a mí; no conoces al Pedro

que tienes a tu lado. Pero el Señor sí que lo sabe.

Lucas dice algo que no dice Mateo. Lucas 22:31-34 registra otro aspecto sobre el perfil de Pedro. ³¹Dijo también el Señor: Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo; ³²pero yo he rogado por ti, que tu fe no falte; y tú, una vez vuelto, confirma a tus hermanos”. Vemos que Pedro tenía un llamado especial para que pastoreara a la iglesia, para servir al Señor; y sin embargo en ese momento él tenía que ser tratado a fin de que llegara a servir al Señor en un ministerio perfecto. Ante la seria revelación del Señor, Pedro seguía creyendo en sí mismo. ³³El le dijo: Señor, dispuesto estoy a ir contigo no sólo a la cárcel, sino también a la muerte. ³⁴Y él le dijo: Pedro, te digo que el gallo no cantará hoy antes que tú niegues tres veces que me conoces”.

Todos nosotros tenemos muchas imperfecciones, luego todos tenemos que ser tratados y perfeccionados por el Señor; todos tenemos la necesidad de despojarnos del hombre viejo; pero es amargo a nuestra carne, eso no es fácil. La gloria sea para el Señor. El Señor conoce perfectamente cuántas cosas hacemos sin tener la certeza de que estemos en la voluntad de Dios con todo aquello. A veces creemos que le estamos sirviendo bien al Señor; que de pronto somos un poco dignos. Me refiero a esa dignidad intrínseca que nos fabricamos; y podríamos llegar a pensar que el Señor nos tiene en cuenta porque haya algo meritorio en nosotros.

Los bebés de Corinto

Aquí tenemos el caso de los hermanos de la iglesia local de Corinto, en Grecia. ¿Por qué vamos a echar una ojeada al caso de Corinto? Por que en la carta de Pablo a los Colosenses hemos leído: “a quien anunciamos, amonestando a todo hombre, y enseñando a todo hombre en toda sabiduría (esa es la clave en ese versículo), a fin de presentar perfecto en Cristo Jesús a todo hombre”. Entonces al encarar el caso de los hermanos corintios, en el capítulo 1 de la primera carta, vemos cómo ellos, en vez de dar muestras de amor entre ellos, se enfrentan en contiendas entre los hermanos.

Les dice Pablo: “¹⁰Os ruego, pues, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que habléis todos una misma cosa, y que no haya entre vosotros divisiones, sino que estéis perfectamente unidos en una misma mente y en un mismo parecer”. En la iglesia de los corintios algunos hermanos hablaban una cosa, y otros, otra; no había un acuerdo unánime. Ahora, no necesariamente en esa iglesia se estaba fraguando un cisma por asuntos relacionados con alguna apostasía. No se trataba de eso; pero de todas maneras había un latente conato de división. El cisma consiste en un desgarramiento y fraccionamiento del cuerpo del Señor, en partes que luchan entre sí; ni siquiera es necesario que se haya protocolizado la división, sino que las partes luchan entre sí. Dice la Palabra: “que habléis todos una misma cosa, y que no haya entre vosotros divisiones, sino que estéis perfectamente unidos”. A medida que nos perfeccionamos, nos unimos más en comunión con nuestros hermanos; y en la medida en que nosotros crecemos espiritualmente, y hay más madurez, de pronto le vemos mejor los errores a nuestros hermanos, y nos vemos los nuestros; pero así los amamos más, porque sabemos que nosotros estamos repletos de errores y defectos, y más nos los vemos; y al ver los nuestros, podemos contemplar a nuestros hermanos con misericordia.

Dice: “sino que estéis perfectamente unidos en una misma mente y en un mismo parecer. ¹¹Porque he sido informado acerca de vosotros, hermanos míos, por los de Cloé, que hay entre vosotros contiendas. ¹²Quiero decir, que cada uno de vosotros dice: Yo soy de Pablo; y yo de Apolos; y yo de Cefas; y yo de Cristo”. Pero, sucede que los hermanos corintios no eran maduros espiritualmente; porque si hubieran estado pasando por un proceso de crecimiento y de madurez, no hubiera habido entre ellos esos pleitos; eran unos niños en lo espiritual. Pero lo curioso es que dice la misma carta que ellos tenían mucho conocimiento acerca de la Palabra y del Señor. “⁵Porque en todas las cosas fuisteis enriquecidos en él, en toda palabra y en toda ciencia; ⁶así como el testimonio acerca de Cristo ha sido confirmado en vosotros, ⁷de tal manera que nada os falta en ningún don, esperando la manifestación de nuestro Señor Jesucris-

to” (1 Co. 1:5-7).

Pero era un conocimiento que ellos tenían en la mente, no en el espíritu. Y era fácil para ellos tenerlo en la mente, porque eran griegos, y los griegos eran dados a buscar y a interesarse por la sabiduría humana, filosofías y palabrerías de los intelectuales, como cuando el apóstol Pablo llegó a Atenas, inmediatamente que se enteraron, los señores del Areópago lo llamaron para que les compartiera de la nueva enseñanza que traía. Dice en Hechos 17:18-21: “¹⁸Y algunos filósofos de los epicúreos y de los estoicos disputaban con él; y unos decían: ¿Qué querrá decir este palabrero? Y otros: Parece que es predicador de nuevos dioses; porque les predicaba el evangelio de Jesús, y de la resurrección. ¹⁹Y tomándole, le trajeron al Areópago, diciendo: ¿Podremos saber qué es esta nueva enseñanza de que hablas? ²⁰Pues traes a nuestros oídos cosas extrañas. Queremos, pues, saber qué quiere decir esto. ²¹(Porque todos los atenienses y los extranjeros residentes allí, en ninguna otra cosa se interesaban sino en decir o en oír algo nuevo.)”

Ahora comprendemos mejor esa situación entre los corintios y la importancia que le daban a la sabiduría humana. Por esa razón en el resto del capítulo 1y primera parte del 2, de la misma carta, Pablo les habla de la sabiduría de Dios.

“¹⁷Pues no me envió Cristo a bautizar, sino a predicar el evangelio; no con sabiduría de palabras (humana), para que no se haga vana la cruz de Cristo. ¹⁸Porque la palabra de la cruz es locura a los que se pierden; pero a los que se salvan, esto es, a nosotros, es poder de Dios. ¹⁹Pues está escrito: Destruiré la sabiduría de los sabios, y desecharé el entendimiento de los entendidos. ²⁰¿Dónde está el sabio? ¿Dónde está el escriba? ¿Dónde está el disputador de este siglo? ¿No ha enloquecido Dios la sabiduría del mundo? (la humana) ²¹Pues ya que en la sabiduría de Dios, el mundo no conoció a Dios mediante la sabiduría (aquí se refiere a la sabiduría humana), agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación. ²²Porque los judíos piden señales, y los griegos buscan sabiduría (humana); ²³pero nosotros predicamos a Cristo crucificado, para los

judíos ciertamente tropezadero, y para los gentiles locura;²⁴ mas para los llamados, así judíos como griegos, Cristo poder de Dios, y sabiduría de Dios. ²⁵Porque lo insensato de Dios es más sabio que los hombres, y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres. ²⁶Pues mirad, hermanos, vuestra vocación, que no sois muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles; ²⁷sino que lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios; y lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar a lo fuerte; ²⁸y lo vil del mundo y lo menospreciado escogió Dios, y lo que no es, para deshacer lo que es, ²⁹a fin de que nadie se jacte en su presencia. ³⁰Mas por él estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención; ³¹para que, como está escrito: El que se gloria, gloriése en el Señor". Hermanos, Cristo es nuestra sabiduría.

La sabiduría de Dios en misterio

Luego, en el capítulo 2, Pablo les hace una disertación de la auténtica sabiduría divina, como un misterio y don de Dios. "Así que, hermanos, cuando fui a vosotros para anunciaros el testimonio de Dios, no fui con excelencia de palabras o de sabiduría". Esa sabiduría que habla aquí es la humana; no fui con excelencia de sabiduría humana. Porque uno puede ser muy buen orador; uno puede ser muy buen historiador, y tener mucha destreza para ilustrar las enseñanzas trayendo a colación acontecimientos y personajes históricos, y puede hacerse muy atrayente; pero todo eso puede ser cargado de sabiduría humana. "2Pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado (esa es nuestra sabiduría). 3Y estuve entre vosotros con debilidad (la debilidad humana de Pablo), y mucho temor y temblor; 4y ni mi palabra ni mi predicación fue con palabras persuasivas de humana sabiduría (en los manuscritos más antiguos, esta palabra, "humana" no se encuentra escrita porque subentendiéndose; pero en esta versión dice humana sabiduría, y está bien), sino con demostración del Espíritu y de poder, 5para que vuestra fe no esté fundada en la sabiduría de

los hombres, sino en el poder de Dios".

Nosotros debemos siempre leer la Palabra, pero debemos leerla en el Espíritu; debemos leerla buscando la revelación de Dios; debemos leerla en sobriedad, con amor, como cuando un sediento busca el agua que le sacie la sed; como cuando un hambriento procura el alimento para su cuerpo. "6Sin embargo, hablamos sabiduría entre los que han alcanzado madurez"; un niño en la fe no tiene capacidad para recibir las cosas profundas de Dios, porque no las percibe. En nuestro andar con el Señor hay que madurar, como les dice Pablo a los corintios en el capítulo 3: "1De manera que yo, hermanos, no pude hablaros como a espirituales, sino como a carnales, como a niños en Cristo. 2Os di a beber leche, y no vianda; porque aún no erais capaces, ni sois capaces todavía, 3porque aún sois carnales; pues habiendo entre vosotros celos, contiendas y disensiones, ¿no sois carnales, y andáis como hombres?". Quise ir a darles comida sólida, pero no pude; tuve que darles lechecita, pues ustedes todavía no la pueden soportar; ustedes son carnales; les dice Pablo a esta gente que estaban disgustando con sus hermanos. Tal vez en su carnalidad estaban más preocupados por quién hablaba más en otras lenguas que otros.

Volviendo al capítulo 2, leemos: "6Sin embargo, hablamos sabiduría entre los que han alcanzado madurez; y sabiduría, no de este siglo, ni de los príncipes de este siglo, que perecen". La sabiduría del mundo, que tiene también su valor, en el mundo, lógicamente, pero la sabiduría del mundo obstaculiza la obra del Espíritu Santo. ¿Por qué? Porque la sabiduría del mundo empieza a enfatizar los valores centrados sólo en el hombre, en los paradigmas del humanismo, y sugiere que la predicación de la cruz es locura. Recordemos que la sabiduría de Dios incluye la cruz.

"7Mas hablamos sabiduría de Dios en misterio, la sabiduría oculta, la cual Dios predestinó antes de los siglos para nuestra gloria", Porque eso encierra una progresión. Cuanto más recibimos de ese misterio de la sabiduría de Dios, más percibimos la gloria de Dios, y más gloria le damos a Dios, y vemos la gloria de Dios manifestada

en nosotros. A menudo nos ocurren algunas cosas un poco raras a nuestro parecer; y pensamos de pronto que es una casualidad, o que es porque estamos de suerte, o de malas, si la cosa nos ofende. Pero en la vida del creyente no hay casualidades, ni suerte, ni mucho menos que estemos pasando por momentos de mala racha. Debemos estar atentos al mover de Dios en nuestras vidas. ¿Qué quiere el Espíritu Santo en cada momento?

Y por último Pablo les dice: ⁸“la que ninguno de los príncipes de este siglo conoció; porque si la hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de gloria. ⁹Antes bien, como está escrito: Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman (ahí está la sabiduría). ¹⁰Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios”.

Entonces, amados hermanos, vimos en Colosenses que el trabajo de perfección del Señor en nosotros incluye la sabiduría; y la sabiduría también está relacionada con la Palabra de Dios. Pablo lo dice en 2 Timoteo 3:14-17: ¹⁴“Pero persiste tú en lo que has aprendido y te persuadiste, sabiendo de quién has aprendido; ¹⁵y que desde la niñez has sabido las Sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús. ¹⁶Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia (¿para qué?), ¹⁷a fin de que el hombre de Dios (a fin de que la mujer de Dios) sea perfecto (para presentar a todo hombre perfecto en Cristo), enteramente preparado para toda buena obra”.

En el antiguo perfil del apóstol Pedro, vemos que Pedro se creía un hombre valiente, todo un varón portador de una espada para defender al Señor, dotado de una intrepidez increíble; y él se creía a sí mismo de que aquello era una loable realidad, de que él podía darle cumplimiento a todo aquello; pero el Señor sabía que no. Hermanos, vemos que después que le cortó una oreja al siervo del sumo sacerdote, no tuvo más nada que hacer que huir del lado del Señor; sin embargo hacía unos esfuerzos por acercársele para cumplir

su promesa, y zas, cayó en la trampa de la criada; en cambio Juan no habló nada, y permaneció al pie de la cruz del Señor. ¿Entonces qué? Que el Señor permitió que el diablo lo llevara para que una muchacha, sierva del sumo sacerdote, fuese el instrumento para tratar con Pedro; una simple muchacha derribó la intrepidez de aquel “salvador” del Salvador.

Transformación de un engañador

En Génesis también tenemos otro ejemplo muy ilustrativo, el caso de Jacob. Veamos cómo fue tratado Jacob con miras a su perfeccionamiento. Jacob, a pesar de lo que era, a pesar de todo era amado por el Señor. Recuerden lo que dice Romanos 9:10.13: ¹⁰“Y no sólo esto, sino también cuando Rebeca concibió de uno, de Isaac nuestro padre ¹¹(pues no habían aún nacido, ni habían hecho aún ni bien ni mal, para que el propósito de Dios conforme a la elección permaneciese, no por las obras sino por el que llama) (no por lo que yo hago, hermanos, ni bueno ni malo, me escoge el Señor. Él sabe por qué nos ha escogido a nosotros), ¹²se le dijo: El mayor servirá al menor”. Esto estaba en los propósitos y en el conocimiento de Dios; y cuando algo está en los propósitos de Dios, nada lo impide ni lo detiene. Nosotros a veces queremos ayudar a Dios, y no esperamos su mover y su accionar.

¹³“Como está escrito: A Jacob amé, mas a Esaú aborrecí”. Rebeca era estéril de nacimiento. Isaac tenía cuarenta años de edad cuando Eliecer le trajo a Rebeca de Harán, y la recibió y la hizo su esposa. Y pasaron los años y Rebeca no concebía. Isaac oraba por su esposa, para que Dios la hiciera fértil y le diera hijos; y el Señor oyó y aceptó la oración; y después de veinte años, cuando Isaac tenía sesenta años, Rebeca concibió gemelos. Veamos en Génesis el nacimiento de estos gemelos: ¹⁹“Estos son los descendientes de Isaac hijo de Abraham: Abraham engendró a Isaac, ²⁰y era Isaac de cuarenta años cuando tomó por mujer a Rebeca, hija de Betuel arameo de Padanaram, hermana de Labán arameo. ²¹Y oró Isaac a Jehová por su mujer, que era estéril; y lo aceptó Jehová, y concibió Rebeca su

mujer. ²²Y los hijos luchaban dentro de ella; y dijo: Si es así, ¿para qué vivo yo? Y fue a consultar a Jehová; ²³y le respondió Jehová: Dos naciones hay en tu seno, y dos pueblos serán divididos desde tus entrañas; un pueblo será más fuerte que el otro pueblo, y el mayor servirá al menor”. Vemos a dos gemelos aún en el vientre de la madre, peleándose a ver quién salía de primero en el nacimiento.

“²⁴Cuando se cumplieron sus días para dar a luz, he aquí había gemelos en su vientre. ²⁵Y salió el primero rubio, y era todo velludo como una peliza; y llamaron su nombre Esaú”. Recuerden que Esaú significa velludo; y también le llamaban Edom, porque era rojizo; luego tenía dos nombres, y fue el padre de los edomitas. “²⁶Después salió su hermano, trabada su mano al calcañar de Esaú (no lo quería soltar); y fue llamado su nombre Jacob (¿saben qué significa Jacob? Engañador, el que toma por el calcañar; el que suplanta, o también Dios proteja). Y era Isaac de edad de sesenta años cuando ella los dio a luz”.

Pero resulta que el relato bíblico narra las tendencias de estos dos varones bíblicos. “²⁷Y crecieron los niños, y Esaú fue diestro en la caza, hombre del campo; pero Jacob era varón quieto, que habitaba en tiendas (a lo mejor Jacob, al ser un hombre de hogar, era estudioso, calculador; y Rebeca amaba a aquel hijo que le acompañaba en casa. Cada uno tenía su línea de favoritismo). ²⁸Y amó Isaac a Esaú, porque comía de su caza; mas Rebeca amaba a Jacob”.

Una primogenitura negociada

¿Por qué estamos diciendo esto, hermanos? Porque vamos a tratar sobre la venta y compra por engaño de una primogenitura; y la primogenitura era sumamente importante, no solamente porque otorgaba doble porción de la herencia, sino también porque era el sacerdote del clan al faltar el padre; y también el primogénito ejercía la autoridad en el clan; se convertía en una especie de príncipe. Lo de la doble porción, en el caso de que hubiese dos herederos, la herencia debía ser dividida en tres partes, de las cuales dos le correspondían al primogénito, y la restante al otro hijo. Pero lo más

importante es que, en el caso de la línea de estos varones escogidos por Dios para propósitos tan trascendentales, la primogenitura registraba un honor y un peso de responsabilidad, de gloria y de bendiciones divinas de incalculable proyección histórica y profética. El primogénito entraba a ocupar un lugar preeminente y clave dentro de los propósitos eternos y promesas de Dios a los hombres; y es como si Jacob lo supiera. Claro que él, como era engañador y mentiroso, ¿qué se podía esperar? Pero el caso es que él creía que no lo era. A veces uno es, y no sabe que lo es. ¿Cuántos Jacob hay aquí?

Miremos cómo lo narra la Biblia: “²⁹Y guisó Jacob un potaje; y volviendo Esaú del campo, cansado, ³⁰dijo a Jacob: Te ruego que me des a comer de ese guiso rojo, pues estoy muy cansado. Por tanto fue llamado su nombre Edom. ³¹Y Jacob respondió: Véndeme en este día tu primogenitura. ³²Entonces dijo Esaú: He aquí yo me voy a morir; ¿para qué, pues, me servirá la primogenitura? ³³Y dijo Jacob: Júramelo en este día. Y él le juró, y vendió a Jacob su primogenitura. ³⁴Entonces Jacob dio a Esaú pan y del guisado de las lentejas; y él comió y bebió, y se levantó y se fue. Así menospreció Esaú la primogenitura”.

Esto está registrado con una claridad que difícilmente se le puede añadir algo. El guiso de lenteja era un potaje rojo, provocativo; y Jacob aprovechó este momento coyuntural. Como era un hombre de grandes habilidades comerciales, lo aprovechó. Como si dijéramos; lo cogió a mansalva. Jacob definitivamente era un hombre engañador. ¿Cómo debía actuar Dios para tratar con este hombre que tanto amaba y que iba a usar en sus propósitos con los hombres? Jacob era muy amado de Dios; Él tenía planes eternos con aquel engañador. Dios tenía planes con el aquel mentiroso; Él tenía planes con aquel suplantador; porque Jacob suplantó a Esaú ante Isaac, para lograr que lo bendijera, pues la venta de la primogenitura se hizo a espaldas de Isaac.

Y Rebeca lo ayudó, y estuvo con Jacob urdiendo el engaño y la suplantación. Rebeca intriga con Jacob. Se enteraron que Isaac

había salido a cazar para prepararle un guiso a Isaac para que éste le bendijera. Y enseguida ellos sacrificaron algún corderito, e hicieron guisados y se lo presentó a su padre, no sin antes cubrirse la piel con cueros de animales a fin de parecerse a Esaú en lo velludo. También se puso los vestidos primorosos de Esaú, impregnados de olor de campo y de los animales salvajes, para poderlo suplantar sin mayores sospechas. “¿Quién eres, hijo mío?” “Yo soy Esaú tu primogénito”. Al pedirle que se acercara para palparlo, Isaac dijo: “La voz es la voz de Jacob, pero las manos, las manos de Esaú”. Su padre le bendijo. Cuando Esaú llegó con el guiso ya no había bendición; había llegado demasiado tarde. Porque la bendición no tenía retroceso; era como firmar un contrato escrito. Esa bendición de primogenitura era dada una sola vez, y tenía peso jurídico; y era valedero no solamente en las tribus hebreas, sino también en otras culturas de ese tiempo.

Entonces, ¿qué iba a hacer Dios para transformar a este hombre y arrancar de él todo vestigio de mentira y de engaño? Jacob era el mayor mentiroso de esa región. Y así no lo podía usar el Señor, Entonces decidió mandarlo donde el segundo gran mentiroso y engañador de Medio Oriente. Lo envió donde su tío Labán, hermano de Rebeca. Y eso se dio de esa manera por la forma de adquirir la primogenitura. Tuvo que salir hacia Harán huyendo de la ira de su hermano.

Pero indiscutiblemente Jacob era un hombre de Dios. Ya en camino hacia Harán, lo cogió la noche y no teniendo dónde recostar su cabeza, escogió una piedra y la puso por almohada. Allí tubo la visión de la escalera que comunicaba el cielo con la tierra; y allí le habló Dios por primera vez. Jacob no fue ajeno a esa visión, y al despertar dijo: “Ciertamente Yahveh está en este lugar, y yo no lo sabía. ¡Cuán terrible es este lugar! No es otra cosa que casa de Dios, y puerta del cielo”. Y ungió con aceite aquella piedra; es decir, la consagró a Dios, y le dio un nombre a aquel lugar; le llamó Bet-el, casa de Dios. Aquí Dios le dijo, entre otras cosas, “volveré a traerte a esta tierra; porque no te dejaré hasta que haya hecho lo que te he

dicho”. Como diciéndole; Tú eres el que vas a empezar a construir mi casa, a ponerle la primera piedra; pero primero tengo que tratar en ti con el hombre mentiroso y engañador; y para eso te voy a enviar a donde el padre de la mentira, para darte de tu misma medicina.

El engañador engañado

Al llegar Jacob a Harán, su tío Labán lo sopesó, lo analizó a ver cómo podía sacarle ventaja. Y miren cómo comenzó ese tratamiento. Jacob conoció a Raquel, la hija menor de Labán; y la amó, y la quería por esposa, pero tenía que pedírsela en matrimonio a su padre. Y le dijo: “Yo te serviré por siete años por Raquel, tu hija menor”. Aconteció que en la fiesta de bodas como que abundó el vino; se acostaría pasado de licor, y Labán le trajo al lecho nupcial a Lea, la hija mayor. Labán estaba en todo su derecho, pues Lea era la mayor, y era la costumbre cultural de que la mayor se casara primero; pero lo hizo con mentira y engaño. Labán había empezado a engañar al engañador.

Al día siguiente le dijo Jacob: “¿Qué es esto que me has hecho? ¿No te he servido por Raquel? ¿Por qué, pues, me has engañado?” pero Jacob no podía repudiar a Lea, pues ya era su esposa. Y tuvo que trabajar otros siete años por Raquel. Y en medio de todo aquello que le estaba sucediendo, Jacob empezó a mirarse a sí mismo pero en la persona de su tío Labán, y en la persona de Lea, y en la persona de Raquel. Cuando quiso partir de regreso a su tierra, Dios consideró que aún no estaba preparado para asumir el liderazgo que le tenía, de manera que permitió que entre Labán y Jacob aún usaran de tretas para que se quedara otro tiempo trabajando.

¿Qué siguió después? Pues que cuando fueron a arreglar sobre el salario de Jacob por los años trabajados, llegaron a un acuerdo en que Jacob pidió que su paga fuese todas las ovejas manchadas y salpicadas de color, y “todas las ovejas de color oscuro, y las manchadas y salpicadas de color entre las cabras”. Labán estuvo de acuerdo; coyuntura que Jacob aprovechó para engañar a su tío, usando lo de aquellas varas en los abrevaderos del ganado; una

cuestión genética bastante misteriosa que ocurre allí en Génesis.

¿Por qué Dios no trataba directa y personalmente con este hombre? Sencillamente porque Jacob no lo hubiera entendido. Él tenía que ser tratado con una persona igual a él. Nosotros somos tratados a través de personas iguales a nosotros; que tengan los mismos vicios, que caigan en los mismos pecados, que tengan los mismos defectos, que incurran en los mismos errores, a fin de que nos podamos mirar en ellos, a la manera de espejos. Es como si el Señor nos dijera: Mírate tú en esa persona. Quiero que entiendas que te estoy tratando y limpiando de los mismos problemas que ves en esa persona.

Y después que Jacob fue tratado fue cuando sintió el deseo de volver a Bet-el; a su tierra. Y ya en el camino pudo entender que al lado de su campamento marchaba el campamento de Dios. Pudo ver dos campamentos; Mahanaim. Entonces Jacob luchó con el ángel de Dios; y Jacob se aferró al ángel. ¿Por qué no se aferró al ángel cuando iba para Harán? Porque cuando iba huyendo, Jacob todavía no entendía bien las cosas de Dios, ni les daba la suficiente importancia. Antes que los intereses de Dios, estaban los de él. Pero cuando ya regresaba, Jacob tenía conciencia de que él era un hombre de Dios, y le dijo al ángel: "No te dejaré, si no me bendices". Es decir, no me interesa todo lo que me he ganado, todo lo que traigo, mis mujeres, mis hijos, mis riquezas, todo eso no vale nada sin ti, Señor. Luché contigo, y no te voy a soltar hasta que tú hagas de mí un hombre perfecto en Cristo.

Ahí no lo dice con esas palabras, pero esa es la verdad. Porque Dios todo lo que otorga, solamente lo hace a través de su Hijo. No te voy a soltar, Señor, hasta que yo sea un hombre perfecto en Cristo. Ayúdame a no poner mis ojos en lo que soy y en lo que tengo fuera de ti, ni en el camino que desee andar sin ti. Ayúdame a mirarte a ti. Eso es lo que el Señor quiere en esta noche de nosotros.

This document was created with Win2PDF available at <http://www.win2pdf.com>.
The unregistered version of Win2PDF is for evaluation or non-commercial use only.
This page will not be added after purchasing Win2PDF.